10177

GONZALO CANTÓ

LA SIEGA

ZARZUELA

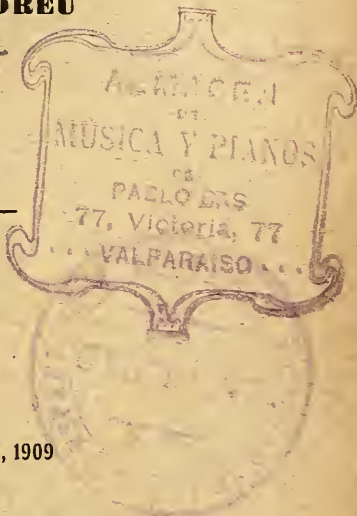
en un acto y en prosa, original

MÚSICA DE LOS MAESTROS

SOUTULLO y ANDREU

ARCHIVO
PROPIEDAD DE
JOAQUIN MONTERO





MÚSICA Y PIANOS
PABLO ERS
77, Victoria, 77
VALPARAISO

Copyright, by Gonzalo Cantó, 1909

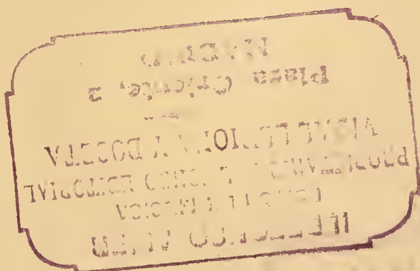
MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

16



LA SIEGA



Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA SIEGA

ZARZUELA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

GONZALO CANTÓ

música de los maestros

SOUTULLO y ANDREU

Estrenada en el TEATRO DE NOVEDADES el día 11 de Junio de 1909



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1909

A Don Augusto Colis Castañeda

distinguido médico y amigo de sano corazón y de sentimientos nobles,

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ADELA	SRTA.	FARINÓS.
ROSA		TORREGROSA.
DOÑA MARGARITA	SRA.	VILLANUEVA.
DON CÁNDIDO	SR.	LÍA.
EL TÍO BLAS		DÍAZ.
ROMÁN		MEDEL.
NICOMEDES		REBULL.
SEGADOR 1.º		GÓMEZ.
IDEM 2.º		N. N.

Coro general de segadores

La acción en las afueras de un pueblo de Castilla.—Época actual.

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO UNICO

Decoración. A la izquierda, primer término, casa de campo con puerta y ventana practicables; la ventana dando frente al público. A la derecha, primer término, casa de labor, de aspecto humilde, puerta practicable. En segundo término, á continuación de la casa, un corral con puerta y cerradura practicables. Junto á la puerta del corral, de espaldas al público, una rústica carreta, practicable de modo que pueda girar sobre el eje de las ruedas; está cargada de mieses, con la lanza y el yugo caídos; en torno de ella varios sacos de trigo.

Al foro campo. En primer término, hacia la izquierda, mieses hacinadas. Gran horizonte. La acción empieza al atardecer.

ESCENA PRIMERA

ROMAN y CORO de campesinos

Román sale mirando á un lado y á otro tembloroso y agitado; el Coro le sigue cautelosamente.

Música

CORO. Román, Román,
¿por qué corres así?
¿qué buscas por aquí
con tanto afán?

—

ROM. (Con la mano cerrada.)
Todo inútil, todo en vano,
pero yo averiguaré...

608746

no me atrevo á abrir la mano
y lo que hay dentro no sé.

—

CORO Ya sabrás que á Nicomedes
tienes ahora por rival,
con que vete y no te quedes
porque estás aquí muy mal.

—

ROM. Verla deseo.
CORO Ya se adivina,
si ella quisiera.
ROM. ¡No ha de querer!
¡pues ya lo creo!
CORO Rosa no opina
de igual manera.
ROM. ¡Pues ha de ser!

—

CORO Muy preocupado
del campo vienes,
¿qué es lo que tienes?
ROM. Ya os lo diré.
CORO Qué reservado,
qué distraído,
¿qué te ha ocurrido?
ROM. Ni yo lo sé.
Pues es el caso...
mas... no me atrevo,
no sé si debo
decirlo.
CORO Sí.
ROM. (Dudando.)
Dejadme paso
porque sospecho
que esto es estrecho
ya para mí.

—

CORO Vacila, duda,
se agita inquieto,
algún secreto
quiere ocultar.



Habla y acciona
sin darse cuenta,
aunque aparenta
disimular.

—

ROM. Yo he venido á ver á Rosa,
pero luego volveré
que he de hablarle de una cosa
cuando el tío Blas no esté.

—

CORO Si al tío Blas
no quieres ver,
ya nos dirás
lo que hay que hacer.

—

ROM. Pues decidla que si hay modo
de podernos ver los dos,
que yo estoy dispuesto á todo,
nada más. Adiós.

CORO Adiós.
Tu exaltación
dinos lo que es.

ROM. No es ocasión,
hasta después.

CORO Tú eres sagaz,
tú eres atroz.

ROM. Dejadme en paz.

CORO Baja la voz;
si aquí te ven,
pobre de ti.

ROM Por hoy no hay quien
me tosa á mí.
¿Le haréis saber?

CORO No digas más.

ROM. Hoy la he de ver.

CORO Hoy la verás.
¿De qué tendrán
que hablar los dos?
Adiós, Román.

ROM. Adiós.

CORO Adiós.

(Vase Román, no sin mirar á todas partes; el Coro sigue el mismo juego escénico y vanse sigilosamente por el foro derecha.)

ESCENA II

DOÑA MARGARITA, DON CANDIDO y el TIO BLAS, que regresan de paseo por el foro izquierda

Hablado

MARG. ¡No puedo más, no puedo más, y no puedo más! (Muy fatigada.)

BLAS (A don Cándido aparte.) ¿Oye usted lo que dice?

CAN. (Aparte.) No le haga usted caso; el que no puede más soy yo, que estoy de ella hasta... bueno, ya le diré otro rato hasta donde estoy de ella. (El tío Blas ríe.)

MARG. Con tu manía de respirar mucho oxígeno me vas á matar.

CÁN. Eso es lo que yo quiero.

MARG. ¿Cómo?

CÁN. Que te canses para que puedas dormir... (y dejarme á mí en paz).

MARG. Pero estos paseos son demasiado largos.

CÁN. (No veo á Rosita por aquí.) (Mirando por la escena.)

MARG. ¿No me oyes?

CÁN. Sí, mujer, no te exaltes; esto es muy sano, ¿verdad, tío Blas?

BLAS ¡Que si es sano!... Aquí, en el campo, cuando sale el sol es para todos.

MARG. Como en todas partes.

CÁN. Dice bien el tío Blas; fumemos. (Saca la petaca y le ofrece un pitillo.)

BLAS El aire es puro, el campo es puro, esto es puro.

CÁN. No, que es un pitillo.

BLAS Se agradece.

CÁN. El campo es muy sano y á ti te conviene, porque eres histérica.

BLAS ¡Digo, y á la señorita Adela que desde que

corre por la era y por el monte parece otra: ¡es muy alegre!

MARG. Demasiado. A ella y á su tío hay que tirarles de la cuerda.

CÁN. (Aparte.) Y á ti hay que tirarte de cabeza al pozo.

MARG. Ea, me retiro, que el relente es malo para el reuma y estoy de dolores que no puedo valerme. Vamos arriba para que me des las friegas antes de acostarme.

CÁN. ¿No te esperas al eclipse?

MARG. No estoy para ver fenómenos.

CÁN. Pues eso me pasa á mí, y si te doy las friegas... Además, he perdido los lentes y no veo...

MARG. ¡Mejor! (Medio mutis.)

CÁN. (Al tío Blas, sin darse cuenta.) ¿Dónde se habrá metido esa chica?

BLAS ¿Qué chica?

CÁN. (Disimulando la equivocación.) Adela, mi sobrina.

BLAS Dicen que dijo que se marchaba á casa del tío Colorao, y que de allí la acompañarán, eso al menos dijo mi chica.

CÁN. ¡Ah! ¿Eso ha dicho Rosita?

MARG. Buenas pécoras están las dos. Cuando venga mi sobrina que suba á verme. Tiene tus ideas inculcadas.

BLAS Incul... ¿qué?

MARG. ¡Vaya usted al cuerno, hombre! y tú, (Imperativamente.) ven á darme eso. Estoy rendida.

CÁN. No vales un pitoche.

BLAS Eso digo yo, no vale usted para nada.

MARG. Y usted, ¿qué sabe? Pues gracias á esta medallita estoy menos mal; es una medalla milagrosísima, no me separo de ella, y desde que la llevo no tengo tantos dolores.

CÁN. Algunos habías de tener ya que Dios no nos ha dado hijos.

MARG. Vamos, vamos; tomaré un par de huevos pasados por agua... y á la cama.

CÁN. ¿Un par de huevos? Espera, voy á ver si han puesto las gallinas para que los tengas frescos. (Doña Margarita entra en la casa de la izquierda. Don Cándido dice misteriosamente al tío Blas:) Aho-

ra que ya no está mi mujer, vaya usted á enterarse de lo que ha ocurrido entre los segadores, porque estoy en brasas y lleno de curiosidad.

BLAS Mucho cuchicheaban y parece que al vernos cambiaron de conversación; pero yo averiguaré, porque ese Román quiere que yo haga una que sea sonada y como venga á rondar otra vez á mi chica... ¡se acuerda del tío Blas!

CÁN. ¡Vaya usted! ¡Vaya usted! (Vase el tío Blas por el foro izquierda.) ¡Qué nota de color forman los segadores... y las segadoras!... ¡Ay, y qué guapotas son algunas, aunque á mí me lo parecen todas. ¡Qué líos se traen entre ellos y ellas!... me muero por los líos... y por ellas. Pero mi mujer... que se acueste y así podré refocilarme un poco esta noche. ¡Que se acueste! ¡Si en vez de las friegas le pudiera dar... la gloria! ¡Con qué gusto se la mandaría á San Pedro facturada en doble pequeña y con un letrero muy grande que dijera: ¡Frágil! (Entra en el corral y cierra la puerta.)

ESCENA III

EL TIO BLAS, NICOMEDES y SEGADORES 1.º y 2.º

BLAS Pues enteraos de todo y decídmelo luego, y tú, (A Nicomedes.) abre bien esas orejas, que pa mí que es Román el que anda rondando y si fuera él... ¿Por qué no le rompes la cabeza?

NIC. Porque le temo...

BLAS ¿Cómo?

NIC. Porque le temo á enfadarme, pero que no juegue conmigo.

BLAS ¿Contigo? Si acaso con tu novia, con mi chica, que no es costal de paja.

NIC. ¿Jugar con ella? ¡Me lo como!

BLAS ¿El costal?

NIC. Y también la paja, y á él, como me llamo Nicomedes.

BLAS — Llamándote Nicomedes, ¿qué vas á comerte? (Los Segadores 1.º y 2.º rien)

BLAS — Si yo tuviera tus años y tu novia, no me haría sudar el kilo.

NIC. — ¡Qué kilos ni qué quintales! Así que herede á mi tio y el cura nos bendiga á su hija y á mí, y á mi tío le cante un responso, vengan sudores y trasudores, aunque sean por arrobas, que bien lo merece la chica.

BLAS — ¡Malhaya sea la hora en que mi chica se enamoró de ese hombre. Vé á la era y si está allí Rosa, dile que venga. Y vosotros (A los segadores.) á esperar á los compañeros.

SEG 1.º / SEG. 2.º — Vamos.

BLAS — Y si no, esperad, iremos juntos. (Vanse foro izquierda.)

ESCENA IV

ADELA vestida de segadora, por el foro derecha mirando muy recelosa, como temiendo ser descubierta.

Música

Ya en casa me veo,
ligera volví,
que venga no creo
Román tras de mí.
Si alguno en acecho
me espía y me ve...
palpita mi pecho,
vacila mi pié.
Se apaga mi aliento.
empiezo á temblar...
¿Qué es esto que siento
que no sé explicar?

—

Luchando con un recuerdo
he salido á la ventura,
y por poco más me pierdo
con la noche tan obscura.

Me alejo de casa
apenas lo pienso,
mi amor era... inmenso,
mi pecho... un volcán.
Me fuí por los trigos
alegre y contenta
y allí se presenta
de pronto Román.
Le dije sumisa:
—Quisiera marcharme.
—Que no tenga prisa
—me dijo—ya irás,
dejarte me pesa.
—Después nos veremos,
te espero en la presa.
—Pues ya presa estás.

—

Me desprendo de sus brazos.
salto por los trigos y huyo,
y el corazón á pedazos
traigo en vez de traer el suyo.

—

No puede cambiar
mi suerte cruel
pues he de ocultar
que fuí presa de él.
Tener este amor
oculto, creí,
que el de un segador
no es digno de mí.

Hablado

¡Qué rústica gallardía! ¡Qué ojos tan grandes! Si es verdad que ellos son el espejo del alma... ¡Román debe tener una alma muy grande... y muy hermosa! ¡Y pensar que Rosa sea la dueña de ese corazón tan salvaje... y tan noble! ¡Oh, si él supiera que no soy lo que parezco... puede que no hubiese estado tan expansivo al brindarme su protección para entrar de segadora en mis pro-

pias trojes! (Suspira.) Creo que he ido en esta ficción más lejos de lo debido... ¡como que no he debido ir tan lejos, no he debido, pero he ido! ¡Ah... si yo fuera aldeana me apoderaba en seguida de su corazón! ¡Qué fuego el suyo! ¡Así comprendo yo el amor! Si no huyo á tiempo... ¡quién sabe! tal vez hubiera descubierto quién soy, y entonces... ¿Y si me reconoce cuando me vea? ¡Bah, entre un segador y yo, que soy la señorita, ¿á quién van á creer? ¡Pobre Román! Andará loco buscando á su segadora... Voy á cambiar de traje antes de que puedan verme. (Va hacia la derecha á tiempo que sale don Cándido del corral con un huevo en cada mano, y le cierra el paso.) ¡Ah! ¡Mi tío! (Sepárase y queda á la izquierda, ocultando el rostro.)

ESCENA V

ADELA y DON CÁNDIDO

CÁN. ¡Por vida de los lentes! Pero... calle, aquí hay gente; yo no veo, pero .. es una mujer, no cabe duda. (Olfateando.)

ADELA (Aparte.) ¡Estoy perdida!

CÁN. Siento un olorcito á... que vamos, no se confunde con nada; como que es lo único que dilata las narices y ensancha el pecho. (Dando un resoplido y acercándose á Adela le dice:) ¡Te cogí! (Va á abrazarla, pero mira los huevos que lleva en la mano y se contiene.) Rosa de Mayo, ¿por qué huyes?

ADELA (Aparte.) No me ha conocido. (Alto.) ¿Yo? (Fingiendo la voz.)

CÁN. Acércate, soy corto de vista. (Intenta darle otro abrazo y repite el juego anterior.)

ADELA (Aparte.) Pero no de manos. (Alto.) ¡Arre allá!

CÁN. (Vuelve á intentar lo del abrazo, pero se mira á las manos, se contiene y dice en un aparte al público:) ¡Si no fuera por el miedo de hacerlos tortilla... le daba un abrazo. (A Adela alto.) ¿Quieres servirme de lazarillo?

ADELA Yo... (Fingiendo la voz.)

CÁN. ¡Qué manita tan suave para una segadora!

ADELA ¡Si viera usted qué bofetaditas tan suavecitas da!

CÁN. No serías tú tan capaz de darlas como yo de recibirlas. (Como dejándose querer y en extremo amable.)

ADELA (Aparte.) Pues... como sigas así me parece que te las ganas. (Alto.) Es usted *mu*... enamorao.

CÁN. Mu... mu... mucho. (Riendo.)

ADELA Y doña Margarita, ¿también es como usted?

CÁN. No, esa es de Loeches, completamente de Loeches. Por eso busco una rosa...

ADELA Alguien llega. (Tapándole la boca; entra en la casa de la derecha.)

CÁN. Hasta luego, Rosa de.. de... (Siguiéndola se mira las manos.) ¡Qué lástima! ¡Se me han debido cocer en las manos! ¡Y á mi mujer que le gustan frescos! ¡Estamos frescos! digo, ¡qué hemos de estar! ¡Por vida de!... (Entra en la casa de la izquierda.)

ESCENA VI

TÍO BLAS, ROSA y NICOMEDES por el foro izquierda

BLAS Ya lo sabes, Rosa, este y yo estamos muy cansados.

ROSA Pues... siéntense ustedes.

BLAS Estás poniendo á Nicomedes en *ridículo*, y el papel que está haciendo no puede ser peor. (Nicomedes asiente á cuanto dice el tío Blas, accionando como él.)

ROSA Es para lo único que sirve.

BLAS Román anda otra vez rondándote y... si es cierto lo que se murmura...

NIC. En cuanto me ha visto se ha ido arrastrando las orejas

BLAS Es un gallina.

ROSA No sabía yo que las gallinas tenían orejas.

NIC. Pues sí, es un gallina.

ROSA No tiene fama de eso en el pueblo.

BLAS Solo falta que tú le defiendas.
ROSA No lo necesita.
BLAS Te casarás con Nicomedes, ó no te casarás, y serás madre.
NIC. ¿Pero cómo puede ser eso?
BLAS Casándose con el Señor.
NIC. Tendrá que esperar á que enviude.
BLAS No seas borrico; ¡con Dios!
NIC. Aguarde usted, que yo también voy.
BLAS Si digo que se casará con Dios.
NIC. Mejor es conmigo, y que Dios me perdone.
ROSA Con Román ó con nadie.
BLAS Don Cándido no aprueba esa boda; además, si te casas con Nicomedes me perdona la deuda del rento atrasado.
ROSA Usted sí que está atrasado; aquí quien manda es la señorita Adela. En cuanto á mí, tengo ya edad para casarme con quien quiera.
BLAS ¿Quién te lo ha dicho?
ROSA El cevil.
NIC. Y ese, ¿qué sabe?
BLAS No le conozco.
NIC. Ni yo.
ROSA El *Codígo cevil*, ese me lo ha dicho.
BLAS ¿Sí? Pues ¿sabes lo *que digo?...*
ROSA ¿Qué?
BLAS Que te andes con ojo, no sea que te rompa el *qué digo* en las espaldas. Razón tiene el cura al decir que esos librucos son... ¿Qué dice el cura que son? (A Nicomedes.)
NIC. *Más y más.*
BLAS Eso; más y más judiás de esos perros protestantes. Tú, (A Rosa.) á casa. Y tú (A Nicomedes.) sígueme que como sea cierto lo de Román y le eche yo la vista encima, tendrá para rascarse una semana. (A Rosa.) Así que venga la señorita Adela, no dejes de llevarles á los amos el refresco. (Vanse foro izquierda.)



ESCENA VII

ROSA; después ADELA

ROSA — Todos son contra Román y por eso le quiero más cada día; yo no puedo creer lo que de él murmuran los segadores; la señorita Adela, que se interesa por mí, se ha disfrazado de segadora para sorprenderle y averiguar la verdad y decírmela luego.

ADELA — (Misteriosamente, desde la puerta de la derecha.) ¡Rosa!

ROSA — ¡Señorita!

ADELA — Ven.

ROSA — Pero...

ADELA — Ya te contaré. (Entran en la casa.)

ESCENA VIII

CORO GENERAL DE SEGADORES; salen retozando, huyendo ellas de ellos

Música

ELLAS — ¡Ja, ja, ja, ja!
ELLOS — No te marches, ven acá;
no huyas así.
ELLAS — No te acerques tanto á mí.
—Calla, por Dios;
haya paz entre los dos.
—No puede ser;
tu intención se deja ver.
(Intentan abrazarlas.)
¡Ay, qué atrevido!
—No haya querella.
—Tú te has creído
que yo soy ella.
—¿Sería Rosa
la de esta tarde?

—Ella es celosa.
—Y él no es cobarde.
Que no es un santo
decirte debo.
—A decir tanto
yo no me atrevo.
—Los dos de acuerdo
quédanse atrás.
—Cuando la escena recuerdo
me avergüenzo más y más.

—

TODOS

Corre que te corre
van por un barbecho,
sintiendo que el pecho
les late á los dos.
Y para evitarse
de tantos testigos,
se van por los trigos
benditos de Dios.
Y aunque ella se oculta
para no ser vista,
seguimos su pista
por ver dónde van;
y aunque á la zagala
no hemos conocido,
hemos comprendido
que él era Román.
Pero si éste á Rosa
quiere desde niño
y ella su cariño
guarda siempre fiel,
tengo por seguro
que ella, desde ahora,
es la segadora
y el galán es él.
Parece mentira,
nadie lo creyera;
si el tío Blas supiera
lo que los demás.
Van al campo cuando
ya han hecho la siega,
¡cómo se la pega,
pobre tío Blas!

—

ELLAS ¡Ja, ja, ja, ja!
ELLOS No te marches, ven acá, etc., etc.
—¡Ay, qué atrevido!
—No haya querella.
—¿Tú te has creído
que yo soy ella?
—¿Y por qué causa
no lo has de ser?
—Pues... no sé ahora
qué responder.

ESCENA IX

DICHOS, TÍO BLAS por el foro; DON CANDIDO

Hablado

BLAS ¿Ya estáis aquí todos? Pues andando á la era, que allí esperan los demás para ver el *eclise* y comer las migas con que nos obsequia el amo.

CÁN. (Desde la ventana.) Id allá, que pronto tendrá lugar ese fenómeno tan curioso.

SEG. 1.º ¿Y qué viene á ser eso?

CÁN. Pues el eclipse... viene á ser como un fenómeno.

SEG. 2.º Ya sé lo que es: como el hijo del tío Cosquillas, que tié una cabeza tan gorda que no se le tiene en los hombros y por eso le llaman el *felómeno*.

CÁN. No, hombre, no, es... ¿cómo te lo explicaré para que me entiendas? Es, por ejemplo: Blas que tuviera una luz y de pronto viniera un planeta á interponerse en su perímetro.

BLAS ¿Cómo?

CÁN. En el perímetro luminoso.

TODOS ¡Quiá! (Ríen y hacen signos de incredulidad.)

BLAS Yo os lo explicaré más claro, veréis: Figúrate (A un Segador.) que tú eres el sol, y perdona la comparanza, (Ríen todos.) y ésta (Por una Segadora.) es la luna; bueno, pues figúrate

que es de noche y te encuentras á ésta que tiene una luz, y te pones delante de ella y se la apagas... y te quedas... en el perímetro ese que ha dicho don Cándido; bueno, pues si sus quedáis solos y á oscuras... lo natural es que venga el *eclise*... ó sea el padre de ésta con una estaca .. y te rompa la cabeza... y... pues ahí tienes explicado el fenómeno y... (Haciéndose un lío.) arrear pa la era, que dimpués sus lo explicaré mejor.

TODOS Vamos, vamos. (Vanse riendo.)

CÁN. (Con misterio.) ¿Qué, ha sabido usted algo?

BLAS Sólo sé que Román era el que andaba por esos trigos persiguiendo...

CÁN. ¿A quién? ¿á quién? (Con curiosidad.)

BLAS Al demonio con faldas, porque hay cada mujer...

CÁN. (Sin poder contener la risa.) ¿Y quién es ella?

BLAS Ninguno lo sabe y si lo saben se lo callan, pero él tiene una prenda de ella, según dicen.

CÁN. ¡Cuerno! ¿Y qué prenda es esa?

BLAS Una medallita de la Virgen de Lourdes.

CÁN. (Estupefacto.) ¡Zambomba! ¿Ha dicho usted de Lourdes?

BLAS Sí, señor; pero ya se sabrá.

CÁN. (Aparte.) Mi mujer es la única aquí que tiene esa medalla... ¡será posible! ¡oh, como sea ella!...

BLAS Se quedó usted pensativo.

CÁN. ¿Yo?

BLAS No se preocupe que ya se sabrá y... ¡menuda escandalera que vamos á armarle!

CÁN. No, dejadlo que yo veré...

BLAS ¿Y es por ese hombre por quién mi chica está loca? Antes la mato. ¿No le parece á usted que es una barbaridad querer casarse con él?

CÁN. Querer... no es una barbaridad, pero casarse... sí que lo es.

BLAS Yo prefiero que se case con Nicomedes.

CÁN. (Riendo.) ¿Con Nicomedes? ¡Pero si le dobla la edad!

BLAS ¡Aunque se la doble! Yo le digo á ella que

si se casa con Nicomedes, usted le ayudará. ¿No es eso?

CÁN. Se hará lo que se pueda; ya le ayudaré.

BLAS Doña Margarita parece estar á favor de Román.

CÁN. Sí, ¿eh? (Aparte.) Me explico lo de la medallita.

BLAS Voy á ver que hace esa gente, no sea que venga el *eclise* antes de tiempo, porque en habiendo hombres y mujeres reunidos, sucede cada cosa...

CÁN. Tiene usted razón; allá voy en seguida.

(Vase tío Blas foro izquierda. Don Cándido cierra la ventana.)

ESCENA X

ADELA y ROSA que salen de la casa de la derecha mirando con recelo. Rosa llevará un vaso con refresco

ADELA Ya lo sabes todo: hasta después. Voy á reunirme con tu padre antes de entrar en casa, no sea que hayan sospechado algo.

ROSA Yo les llevaré el refresco.

(Adela vase foro izquierda. Rosa llega hasta la casa de la izquierda á tiempo que sale de ella don Cándido, la detiene y conduce al centro de la escena con aire conquistador.)

ESCENA XI

ROSA y DON CÁNDIDO

CÁN. Ah, ¿eres tú, Rosita? Te doy las gracias por la puntualidad.

ROSA (Le mira sin comprenderle.) No hay por qué darlas.

CÁN. (Animándose.) Pues yo estoy deseando que me las des.

ROSA No comprendo.

CÁN. ¿Conque tanto quieres á Román?

ROSA Mucho.

CÁN. ¿Más que á mí?... (Galanteador.)

ROSA ¡Tanto!

CÁN. ¡Tonta!

ROSA Y si usted nos ayudara...

CÁN. A eso tiendo, pero... me tienes que dar lo de antes.

ROSA ¿Y qué es lo de antes?

CÁN. Las... bofetaditas.

ROSA ¿Está usted loco?

CÁN. Por tí... (Acercándose y alegrándosele los ojos.)

ROSA ¿Es para usted el refresco?

CÁN. No, pero... no estaría demás. Conque, dame las bofetaditas y prometo arreglar vuestro asunto.

ROSA ¿De modo, qué...?

CÁN. Las bofetaditas ó me enfado.

ROSA Puesto que usted lo desea... (Deja el plato con vaso en el suelo y le da un sonoro bofetón que le hace tambalear y le sostiene con otro en el lado opuesto, al ver que él intenta abrazarla.)

CÁN. ¡Ay!

ROSA Duele, ¿eh?

CÁN. Me parece que no tienes la mano tan suavecita como antes.

ROSA Conque, ya está usted satisfecho y confío en que me ayudará para que mi padre haga las paces con Román. (Coge el plato y vaso del suelo.)

CÁN. Sí, pero antes necesito...

ROSA ¿Otras dos bofetaditas? (Intentando dejar el vaso en el suelo.)

CÁN. No; necesito, primeramente, que tengas las manos quietas, y después...

ROSA ¿Otro refresco?

CÁN. (Mirándola embelesado.) Casi, casi. Mira, para que hablemos de lo de Román, porque ocurren cosas graves, te espero luego en...

ROSA ¡Voy! (Como contestando á doña Margarita que supone la llama.) Llama la señora. (Vase por la puerta izquierda.)

CÁN. (Frotándose las manos.) ¡Va! ¡Dice que va! Ya sabe dónde. No conviene irritarla porque... si me suelta otras dos bofetadas... ¡Aun me

duelen! Después dicen que manos blancas no ofenden... ¡No ofenden, pero... levantan ampolla! (Vase foro.)

ESCENA XII

ADELA y CORO GENERAL por el foro

Música

CORO — Ay, señorita,
oiga un momento,
á usted que tiene
tanto talento,
le suplicamos
que nos explique
que significa
lo del eclipse.
Por caridad,
díganos qué es.

ADELA — Pues escuchad.

CORO — Oigamos, pues.

—

ADELA — La luna, que es diosa,
se llama Diana,
y á fresca y hermosa
ninguno la gana
Se llama el sol, Febo,
de espléndida cuna,
y es guapo mancebo
que adora á la luna.

—

Las citas nocturnas
el sol le propone,
la luna le adora,
no se hace esperar,
por eso la tierra,
que es madre, se opone,
al ver que á esa hora
daría que hablar



El sol á la luna
seguir se propone,
mas siempre oportuna
la tierra se opone.
Y aunque él se aprovecha
de la obscuridad,
la tierra le acecha
con sagacidad.

—

CORO

La cita y la hora
de hablar con la luna,
para una señora
no es muy oportuna.
Si el sol se aprovecha
de la obscuridad
y estalla la mecha,
habrá tempestad.

—

ADELA

Las muchas estrellas
y el caso no es nuevo
murmuraran entre ellas
de Diana y de Febo.
Y al verlos tan tiernos
la gente se escama,
por miedo á los cuernos
tal vez de la dama.

—

Como ella es tan débil
y él rubio y fogoso,
le está haciendo el oso
con mala intención.
La Tierra se opone,
aunque á ambos les pese,
á fin de que cese
la murmuración.

—

CORO

También tu me citas
de noche y á obscuras,
porque te figuras
que á mí me la das.

Mas no te propongas
seguir mi camino,
porque ya adivino
con qué intención vas.

—

El sol á la Luna
seguir se propone, etc.

—

CORO La cita y la hora
de hablar con la Luna, etc.

—

(Debe cantarse solo la primera parte y en caso de repetición se cantará la segunda letra. Vase el Coro por distintos lados. Adela entra en su casa.)

ESCENA XIII

NICOMEDES y BLAS

NIC. Pues sí, Román tiene una prenda de amor de esa... de esa que andaba con él por los trigos y estoy muy escamao porque oí que hablaban de Rosa y de él.

BLAS De algo te habían de servir tener esas orejas tan grandes.

NIC. Decian que Rosa y Román tienen cita esta noche, pero lo que yo quisiera saber es qué prenda es esa que dicen que tiene él.

BLAS ¡Vete á saber!

NIC. ¿Usted también cree que sea Román el que...

BLAS (Pensativo.) ¡Vete á saber y... vete de aquí, si no quieres que te pegue un puntapié; me estais amargando la bilis entre todos y ya no respondo de mí! (Entra en su casa. Nicomedes vase por el foro.)

ESCENA XIV

ADELA y ROSA salen de la casa

ADELA — Él estará en la presa á esa hora, así me lo prometió, de modo que me sustituyes, acudes allí y .. haceis las paces.

ROSA — ¿Pero cómo es posible que él no la haya conocido?

ADELA — Era ya tarde y yo me recataba, y como el traje era el tuyo...

ROSA — Ya me presa, digo, ya me pesa. ¿Y se ha propasado?

ADELA — ¿Qué dices? No se lo hubiera yo consentido.

ROSA — Como usted es más bonita que yo...

ADELA — No te preocupes y cuenta conmigo para todo. (Al dirigirse hacia el foro oyen que llama doña Margarita que se asoma á la ventana. Rosa quedará muy pensativa.)

ESCENA XV

DICHAS y DOÑA MARGARITA

MARG. — ¡Rosa!

ROSA — ¡Señora!

ADELA — ¿Pero no se acuesta usted todavía?

MARG. — No, se me escapó el sueño y mi marido.

ADELA — ¿El tío?

MARG. — El tío, sí, el muy tío.

ADELA — ¡Tía!

MARG. — ¡Tío, digo yo! Has de saber que el muy... ¡Dios me perdone, le dijo á Rosa que le diera dos bofetaditas!

ADELA — ¡Qué horror! ¿Y se las diste?

ROSA — ¡Que iba á hacer!...

MARG. — Sacarle los ojos.

ROSA — ¡Señora! (Adela ríe.)

MARG. — Tienes razón, eso es cosa mía; luego dijo que la esperaría... ¿Dónde dijo?

ROSA — En... la... presa. (Adela le tira de la falda.)

MARG. En presidio debía esperar. Le habrás dicho que irás.

ROSA ¿Yo?

MARG. Has hecho mal, digo, has hecho bien, digo, no sé lo que me digo. Iré yo.

ADELA ¿Tú?

MARG. Nada, nada; yo.

ROSA Puede que quiera otras dos bofetaditas.

MARG. Pues se va á encontrar con una mano de bofetadas, que ni de encargo. ¡Pegármela á mí, ese viejo verde! ¡Se las pego, vaya si se las pego! ¡Y le araño encima! (*Cierra la ventana.*)

ADELA Pero ¿qué has dicho? Ese es el sitio de la cita con Román.

ROSA Por eso lo he dicho, ya que quiso serme infiel, que se encuentre con la señora y que la arañe, porque ¿á qué y para qué le dió, á usted esa cita? ¡infame!

ESCENA XVI

DICHOS y el TÍO BLAS

BLAS (*A Rosa.*) ¿Es que no tienes nada que hacer? (*De mal talante.*)

ROSA Iba á acompañar á la señorita.

BLAS Vé sacando las cosas que ya están todos esperando, y... ¡cuidadito con moverte de casa sin mi permiso, que ya ajustaremos luego cuentas!

ROSA Todo está listo.

BLAS A mí no se me replica.

ADELA ¡Pero tío Blas!...

BLAS Dispénseme usted, señorita, pero es que esta necesita mucha leña.

ADELA Vamos, no sea usted gruñón.

ROSA ¡Jesús, qué genio! (*Vanse Adela y tío Blas por el foro y Rosa entra en su casa primera derecha.*)

ESCENA XVII

DOÑA MARGARITA á la ventana

Se fueron todos, pero mejor será que me salga por la puerta que da al huerto, y cuando me crean en la cama, voy y le... (Acción de arañar.) ¡Dios mío, que no falte! (Cierra la ventana.)

ESCENA XVIII

NICOMEDES, foro izquierda

No cabe duda, era Román, porque todos lor demás están en la era; vendrá para hablas con Rosa y... ¡ahora si que no se me escapa! Desde aquí observaré. (Da varias vueltas buscando donde esconderse, y al ver la carreta lanza una exclamación de alegría, se sube á la carreta y se esconde entre los haces de trigo.)

ESCENA XIX

NICOMEDES, en la carreta escondido; DON CÁNDIDO, por el foro y ROSA, por la casa

CÁN. (En voz baja y andando de puntillas.) Voy á ver si esa chiquilla trae las migas. 'Yo si que haría unas migas con ella!...

NIC. (Escondido.) ¡Ahí está!

CÁN. Diré que vengo á ayudarle. ¡Esta pícara vista! Me colocaré aquí, y cuando salga .. (Se coloca de espaldas á la carreta. Un instante después aparece Rosa con una cesta al brazo en la que llevará viandas para comer las migas; con ambas manos sostiene una gran fuente de puches; simultáneamente y con objeto de atisbar lo que ocurre, Nicomedes sube á lo más alto de la carreta, y como ésta no tiene más que un punto de apoyo, que es el eje de las ruedas, al

ascender Nicomedes cambia el centro de gravedad de la carreta y ésta verifica un movimiento de balanza, cayendo estrepitosamente Nicomedes al suelo con parte de la carga de mieses. Don Cándido, á quien se le viene encima todo aquello, da un brinco cómicamente prodigioso, y cae sobre Rosa que en ese instante aparece en la puerta. Don Cándido mete ambas manos en la fuente de las puches, que cae al suelo rompiéndose en pedazos. Rosa, sin explicarse lo que pasa, da un grito indefinible y se mete en su casa, mientras Don Cándido, con la cabeza llena de paja, del trigo que se le ha caído encima y vislumbrando un peligro, ve su salvación en el corral cuya puerta está abierta, y allí se mete para ocultarse. Nicomedes, que ha caído rodando, al ver que se mete un hombre en el corral y creyendo que es Román, se levanta apresuradamente, cierra la puerta del corral y echa la llave. Rosa se encierra en la casa. Toda esta escena ha de ser tan rápida como cómica y queda confiada al talento de los actores. Junto á la carreta habrá unos sacos que se suponen llenos de trigo, á fin de que la caída sea más suave y no se haga daño el actor.) ¿Qué es esto? (Metiéndose en el corral.)

ROSA ¡Ay! (Idem en la casa.)

NIC. ¡Al fin caiste en la ratonera! (Después de encerrar con llave á Don Cándido en el corral, sale por el foro gritando:) ¡Tío Blas, tío Blas!

ESCENA XX

DOÑA MARGARITA, vestida de segadora, sale huyendo de Román que la persigue; á las voces de socorro, salen los SEGADORES 1.° y 2.° y parte del coro

MARG. (Dentro.) ¡Favor! ¡Socorro!

SEG. 1.° ¿Qué es eso? (Con faroles en la mano los dos Segadores.)

SEG. 2.° ¿Usted de segadora? (Con extrañeza.)

MARG. Me persiguen.

SEG. 1.° ¿Quién?

ROM. (Aparece, quedando petrificado en medio de escena al ver á doña Margarita.)

SEG. 1.º
SEG. 2.º } ¡Román!

MARG. ¡El! (Cubriéndose el rostro.)

ROM. (Admirándose y contrariado al ver que no es la segadora que él busca.) ¡Qué vieja y qué facha!

SEG. 1.º ¡Valiente conquista has hecho! (Aparte á Román.)

ROM. ¡Ca, si no es ésta la que busco, pero ya aparecerá!

ESCENA XXI

DICHOS, el TÍO BLAS, NICOMEDES, ROSA y DON CÁNDIDO

NIC. (Muy contento.) Venga usted, venga usted. (Por el foro.)

BLAS ¡Eres un valiente! ¡Román! (Al verle queda estupefacto y Nicomedes se rasca la cabeza convencido de que ha metido la pata.

NIC. ¡María Santísima! (Doña Margarita se vuelve de espaldas, para que no la vean.)

BLAS ¿No decías que le tenías encerrado en el corral?

NIC. (Confuso.) Sí... pero...

BLAS ¿A quién has encerrado?

NIC. Pues... ¡vaya usted á saber!

BLAS (A Román.) ¿Con qué querías robar á mi chica?

ROM. ¡Ah! ¿Luego era ella la de la cita?

NIC. Sí, señor. (Rotundamente.)

CÁN. (Dentro.) Abrid, abrid.

MARG. ¡Mi marido!

BLAS ¿Pero... señora, usted con ese traje? ¿Qué significa?

MARG. Déjese de aspavientos que ya le explicaré...

BLAS (A Nicomedes.) Abre, abre ó te abro la cabeza. (Le quita la llave, abre el corral y sale don Cándido de él lleno de pringue y de paja. Estupefacción general. Al ver á su marido doña Margarita da un grito y con ademán amenazador le lleva cogido de las solapas hacia la izquierda:)

TODOS ¡Don Cándido!

MARG. ¡Infame!

CÁN. ¡Horror, mi mujer!

MARG. ¿Tú? ¡y en qué estado!

CÁN. ¡Casado, por desgracia!

BLAS ¿Usted en el corral?

CÁN. Yo, sin pluma y... cacareando.

MARG. Granuja, pillo, por ti me veo así, vestida de mamarracho.

CÁN. ¡Aparta! (Quedan hablando bajo.)

BLAS Ahora sabremos la verdad. ¡Rosa! (Llamando.)

ROSA (Saliendo de la casa.) Padre, por Dios.

BLAS Explícate.

ROSA Román es inocente.

BLAS ¿Y tú?

NIC. ¡Vaya usted á saber! (Hablan bajo.)

CÁN. En cambio, tú te disfrazas para repartir medallitas.

MARG. ¡Poco á poco!

CÁN. Román tiene esa prenda tuya.

ROM. (Mostrando la medallita.) Aquí está. (Curiosidad en todos.)

MARG. Y aquí la mía. (Enseñando la que lleva en el pecho.)

CÁN. ¡Tapa, tapa! (Doña Margarita y don Cándido quedan á la izquierda hablando acaloradamente. Rosa, Blas y Nicomedes á la derecha, Román y los Segadores 1.° y 2.° en el centro formando grupo.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y ADELA, acompañada de algunas segadoras

ADELA ¿Qué hacen ustedes aquí con tanta calma? todos están impacientes en la era.

ROM. (Retrocediendo con asombro.) ¡Ah! ¡Esta es!

TODOS ¿Cómo?

ADELA (Aparte.) Román; ¡serenidad!

TODOS ¡La señorita!

ROM. ¡La misma! (Sin dejar de mirarla.)

ADELA (Dominándose.) Pero tía, ¿qué disfraz es ese? (Aparte por Román.) ¡Cómo me mira!... ¡No me delates, corazón!

MARG. Esta medalla y esta otra las compramos

Adela y yo en Lourdes el verano pasado. (A Adela.) Enséñales la tuya. (Todos muestran gran curiosidad y están atentos.)

ADELA La... No la tengo. (Con gran aplomo.)

TODOS ¿Cómo?

ROM. Es verdad, esta medalla es de la señorita.

ADELA (Sin inmutarse.) No, de Rosa.

ROM. ¿Qué?

ROSA ¿Mía? (Colocándose al lado de Adela.)

ADELA (Aparte.) No me descubras y te casarás con él.

BLAS ¿Tuya? (Colérico.)

ROM. ¡Estaré soñando! (Aparte y sin dejar de mirar á Adela.)

ADELA Se la dí el otro día.

BLAS ¿Luego eras tú la que andabas por esos trigos?

ROSA Yo no me he movido de casa, que lo diga don Cándido que fué el que me rompió los cacharros.

CÁN. Ha sido Nicomedes que se tiró de la carreta. (Aparte á Nicomedes.) No me descubras y cuenta con mi ayuda.

NIC. ¿Yo?

BLAS Quita de ahí, orejones.

ROM. Pero la medalla...

ADELA Rosa la perdió al recoger las hoces en la rastrojera.

BLAS ¿Y cómo ha llegado á manos de éste? (Por Román.)

CÁN. Porque son milagrosísimas, ¿verdad mujer?

ADELA Vaya, los chicos se quieren, deje usted que se casen y le perdono el rento y á ellos les nombraré mis arrendatarios.

BLAS ¡Qué remedio!

ADELA Pues hecho. (A Rosa.) ¿Estás contenta?

ROSA Sí; pero con una condición.

ROM. Y yo con otra.

ADELA Vengan condiciones.

ROM. Que usted ha de ser la madrina. (A Nicomedes.) Y tú el padrino.

NIC. ¡Nunca!

ADELA Te encargarás desde hoy de las tierras del regadío.


PROPIEDAD DE JOAQUIN MONTERO

NIC. Nunca... esperaba tener tanta alegría... y tanta pena.

ROM. (Aparte á Rosa.) De modo que tú, de acuerdo con la señorita...

ROSA (Aparte á Román.) Sí, pero calla y demos gracias á su generosidad.

ROM. (Dándole la mano á Adela y deteniéndosela un momento, dice al soltarla con cierta amargura y sin dejar de mirarla.) ¡Gracias! (Aparte.) ¡Por qué no habré nacido señorito!...

ADELA ¡Por qué no habré nacido aldeana! ¡lástima de corazón! (Voces dentro, salen todos.) ¡*El eclise*, el *eclise*!

CÁN. Quedáis todos convidados á la boda.

ADELA Y que será de rumbo.

CÁN. Mirad cómo se oculta la luna, mirad...

NIC. Sí, se oculta; para mí ha sido el *eclise*.

ROM. Y para mí.

ROSA ¿Por qué?

ADELA Porque se han quedado á la luna de Valencia. (Todos miran al cielo para ver el eclipse.)

TELON

OBRAS DE GONZALO CANTÓ

Casa editorial.
La verdad desnuda.
Las manías.
Ortografía.
El fuego de San Telmo.
Las guardillas.
Candidato independiente.
La leyenda del monje.
Las campanadas.
Los mostenses.
Un no y un sí.
Sobresaltos y saltos.
El rompeolas.
De pillo á pillo.
De la corte al cortijo.
El cocinero de S. M.
El asistente del Coronel.
La real mentira.
El maño.
El celoso extremeño.
Marcia, ópera en tres actos
La siega.
Aquí todos somos buenos.

Precio: UNA peseta